

*Y yo sigo
buscando el arcoíris*



Carmen Serrano Coello

*Y yo sigo
buscando el arcoíris*



Editorial Oriente
Santiago de Cuba, 2022

Edición, diseño y composición: Teresa Melo
Obra de cubierta: José Luis Fariñas

© Carmen Serrano Coello, 2022

© Sobre la presente edición:
Editorial Oriente, 2022

ISBN 978-959-11-1244-6
INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
EDITORIAL ORIENTE
J. Castillo Duany No. 356
Santiago de Cuba
E-mail: edoriente@cultstgo.cult.cu
www.claustrofobias.com

Palabras para el lector

Las páginas de este poemario están colmadas de una manera de vivir y de sentir que ha estado en el centro de la poesía desde tiempos inmemoriales. En los primeros instantes percibimos un sabor nostálgico que nos trae a la memoria nuestras propias experiencias pasadas, pero no solo nos despierta hacia un ayer más o menos lejano, sino, además, nos introduce en un paisaje que ha sido nuestro y que el decurso del tiempo nos ha hecho olvidar.

La capacidad evocadora de esta poesía nos mantiene en continua tensión, y al mismo tiempo nos entrega matices y realizaciones que reconstruyen en el lector una parte de lo que hemos perdido y que creíamos definitivamente ausente. Son múltiples las fuentes que han venido nutriendo a la autora, desde entrañables experiencias vitales pertenecientes al ámbito familiar y a su diálogo con sus propios anhelos y esperanzas, hasta lecturas formadoras que evidencian su importancia en la integración de una visión del mundo, de clara presencia en estas evocaciones. Nos hallamos en un espacio en el que lo sensorial cobra una dimensión de gran fuerza comunicante, recuerdos que sabemos esenciales. Vemos aquí la cercanía entre las realidades del diario vivir y la presencia continua de la imaginación como elemento sustantivo de los poemas, escritos

en tonos diferentes entre sí, pero sin perder su homogeneidad y esa secreta unidad que le imprime la perspectiva desde la cual es asumida la escritura. Del mismo modo se identifican lo fantasioso y la dramática presencia de la Historia, un tema que preocupa a la poetisa y que reaparece de diferentes maneras a lo largo de libro. Diríase que esa conciencia trágica, siempre actuante en estos poemas, establece un marcado contraste de carácter ético con la belleza del mundo natural, rememorado con especial cuidado en los mejores momentos de la más alta inspiración que descubrimos en las apreciaciones y matices de este relato lírico.

Es importante que subrayemos esa alternancia entre el mundo idílico aquí reedificado y la alusión a realidades sombrías, destructivas, de las cuales esta creadora no ha querido desentenderse mientras iba dando cuerpo a sus textos. Creo que puede afirmarse que esos temas, que constituyen el lado oscuro de la realidad y de nuestro proceder, se incorporan a las vivencias de cada día, precisamente porque forman parte inseparable de la singular batalla por alcanzar la plenitud y la belleza, la dicha y la verdadera estatura humana. Junto a la muerte, la vida; junto a la desesperanza, la alegría de los mejores y más edificantes recuerdos y satisfacciones espirituales del pasado. Entonces hallamos que la evocación viene siempre matizada por esas dos vertientes de nuestra historia personal, de manera que la palabra del poema fusiona un ser total, íntegro, poblado igualmente con decepciones y desencantos, con tristezas y angustias, e igualmente con una dicha y una memoria viva de claridades que mucho agradecemos los lectores.

Una de las características más notables, acaso la más notable y sin duda la más ostensible de esta entrega de Carmen Serrano, es su preocupación por los destinos del

ser humano, sus frecuentes referencias a un suceder que viene a trastornar un orden establecido, a desestructurar las mejores posibilidades de realización, a interrumpir el deseado fluir de la vida en sus múltiples manifestaciones. Aparece, en medio de las luces gratas del recuerdo de vivencias pasadas o presentes, un elemento disociador que nos habla de destrucción, como sucede, por ejemplo, en los poemas Inutilidad del pan y Jeroglíficos nocturnos, en los que los signos vitales del acontecer se enturbian y desequilibran con el dolor y el sufrimiento, o bien con la presencia de una violencia devastadora que estaba como soterrada y llega sin tránsito, como una posibilidad que nos acompaña.

Esa problemática se reitera hasta permitirnos afirmar, al menos como hipótesis para una acertada interpretación de esta poesía, que la autora nos está haciendo confesiones de inquietudes que han venido marcando su vida desde muy temprano. Hay momentos evocadores de recuerdos de infancia, paisajes que integraban las vivencias de la niñez y que han sido sustancialmente modificados por la acción humana, hasta hacerlos perder aquel brillo que les hacía aparecer con toda la fuerza de su belleza natural. Ese cambio de percepción tiene en su raíz más profunda una despierta y lúcida conciencia histórica.

Se conjugan, entonces, en esta obra la alegría de una plenitud pasada y la búsqueda de una sobrevida que nos devuelva aquello que se fue, aquello que el Tiempo, siempre devastador, nos arrebató. En el poema El lucero aquel hallamos este elocuente discurso que nos pone de manifiesto lo que acabo de apuntar.

Leamos:

Salta un año las colinas del augurio y todos vaticinan
sobre un cielo construido con afanes

o pájaros de espíritus que alzan vuelo para buscar un sol
que se apaga tan solo de mirarlo.

En el sueño aparecen los suplicios y el débil gemir
de torturados

que regresan a los sitios donde fueron felices,
hasta que les revierten con nuevos ataques las memorias.

Las alucinaciones sobre el lago traen su cristal de agua
pero la sed no muere en la contemplación.

Fascina el encuentro con la sombra nevada
que pone corona a la tanta soledad de los creadores.

Nadie entiende dónde está escondido el fardo
de los miedos

que presienten detrás de mi optimismo.

Ahora no están las palabras, los asombros,
ante este desafío para ganar espacio.

El sitio de la infancia desapareció
chamuscado por el fuego del tiempo
y esta nueva zona cae en tierra de nadie.

¿Acaso son solo alimento de dioses los frutos
de la huerta que cuidé contra la intromisión
de gusanos y moluscos?

Por allá están tañendo instrumentos de celos,
que convierten en ruidos profanos la armonía.

Caigo en éxtasis y convoco a Medea
para que duerma al dragón que me acecha.
Luego danzo, embriagada por la música que me
brinda Casandra.

Profeta, ya no busques en mi mano el vaticinio.
El lucero aquel me está enviando señales.

En los ejemplos subsiguientes reaparece de diversas maneras esa dualidad plenitud-pérdida, alegría-dolor, un contraste que mucho significa en el plano estilístico y que alcanza una importancia capital como realización artística.

No hay en este libro concesiones a maneras y escrituras que el tiempo ha alejado de nosotros, a un mundo falsamente sublimado y que se siente por encima de los conflictos más graves de nuestros días, aquellos conflictos que nos estremecen y cuestionan a diario el sentido de nuestra existencia, nuestra búsqueda de un equilibrio y de una belleza que está siempre acechada por la crueldad, la injusticia y la destrucción. Aquí no estamos en presencia de un neorromanticismo venido a menos, con ciertas notas de una cursilería propia de esas imágenes de la realidad, sino ante unas páginas que nos conmueven, y nos recuerdan al mismo tiempo, que estamos inmersos en una época y un pasado que nos advierten de la terrible posibilidad de sufrir y de perder lo que la vida nos ha dado y aquello que hemos construido para nuestros hijos.

No piense el lector que va a encontrar aquí tampoco un patético lamento por lo que puede sobrevenir. Las calidades de este poemario nos enriquecen y a la vez nos fortalecen por la comunicación que alcanzamos con sus logros y propuestas en el plano conceptual. Muchos de los mejores momentos de esta poesía nos llegan sin que tengamos que lamentar una pobre realización artística ni vacíos suspiros por lo que se fue. Se aprecia en el estilo una muy bien integrada cultura literaria y una innegable capacidad de transmitir los estados de ánimo y las imágenes que la autora ha venido incorporando a su concepto de la realidad.

No puedo dejar de señalar nuevamente la significación de los pasajes en los que la autora nos trae, desde la distancia del tiempo, los recuerdos de una belleza que permanece inalterable y que, sin embargo, sufre los violentos embates de las nefastas y trágicas acciones humanas. En ocasiones esas imágenes preciosas las encontramos en las primeras líneas de los poemas, de manera que en pasajes subsiguientes irrumpe la desarmonía y alcanzamos entonces a ver con mayor intensidad la sombría verdad que la poetisa quiere transmitirnos. Hay, pues, una sustantiva eticidad en estas páginas, ajenas, como ya dijimos, a toda pretensión purista y a los tan empobrecedores rezagos de un romanticismo que a muchos sirvió para imantar a cierto tipo de lectores. Es esta una poesía comprometida con los destinos ulteriores de la humanidad y de los más perdurables valores de la cultura, signada por un humanismo de la más alta estirpe, dentro de la tradición de lo mejor de la poesía cubana desde los inicios de nuestra literatura. La lectura es una ganancia para nosotros, cualquiera que sea la perspectiva desde la cual nos acerquemos a este libro. Con él podemos mirarnos desde adentro, volvernos hacia nuestro pasado y recuperar, al menos, una parte de lo que perdimos, posibilidad que se erige como ganancia sumamente importante.

ENRIQUE SAÍNZ



*Y yo sigo
buscando el arcoiris*

Ofrendas por la paz

Reprocho los trances que van aconteciendo
entre ruidos de letargos y palabras sórdidas
donde la vulgaridad cultiva sus semillas
y el pavo real de la ambición se disfruta la cola.
La enajenación en los tronos del mundo,
exprime sus naranjas letales,
las bocas tragan, ríen, y las manos se adaptan
a la orden que señala el punto
para dar en el blanco.
Entonces, ¡oh cielo!, aparecen
los llamados a defender la vida,
que en tantas ocasiones pasan a ser
ofrendas por la paz.

Disturbios que interrumpen la poesía

Imposible olvidar la humedad de aquel aire
que abanicaba los misterios de la ingenuidad,
y aportaba perfume, ánimo y nitideces
cuando escribíamos, amor o paz, en la penumbra.
Ahora es difícil describir los ruidos de las noches
que llegan en la carroza azul de la nostalgia.

Evado inquietarme por finales maléficos
mientras pretendo evitar que se disuelva
la espesura del bosque,
abrigo protector de mis simplicidades.
Allí escondo las aves,
con tanto amor domesticadas,
de los disparos incitados por los celos
y del odio que camina sin mirar a quien pisa.

En este momento están sangrando,
en los cuatro puntos cardinales las auroras,
y los huérfanos del desastre estrujan los harapos
porque no saben qué hacer con las manos sin oficios,
sin ramas de promesas ni de satisfacciones
creciéndoles en la huerta del ánimo.
A las madres, aturdidas, la poesía se les va
de la creencia,

cuando esta no alcanza las palabras esenciales
capaces de aminorarles las angustias.

La muerte se emborracha
con el vino y la música de tanto jeroglífico
y amenaza al poeta cautivo en la vigilia,
lo induce a exacerbar el misticismo
para que cabalgue en la palabra desquiciada.
En ocasiones ese es el medio
que acomoda el sopor de la creación,
en el pecho sanguinario e infinito,
de tan temible dama.

Acontecimientos que acercan las distancias

Estas albas me estimulan el cansancio
de la mirada aún lúcida que logró deshacer brumas
con un conjunto de luceros nada siderales.

No vi la explosión ni me hirió la piel
no me reconozco entre los muertos o desaparecidos;
sin embargo, la tierra vibra y solloza debajo de mis pies.

Me pregunto si acaso las alucinaciones
llegaron con el aire
soplado por el terremoto de los tiempos,
y alguien con los brazos caídos por el desafuero
balbucea tratando de explicar la razón del insomnio
entre las orugas que llueven en su estado
y que no llegarán a mariposas.

Mi ciudad era todo y mi río era el mar tocando el infinito,
la palabra guerra era un soplo que nunca molestaba;
niños muertos, decían, y después, a mover el columpio
que sigue zarandeándose
prendido en el árbol sin color de la distancia.

El ave

Allá vas. Te pienso sin destino.

¿O será que tu destino es no tener destino?

Trazo bajo el cielo sonámbulo, que haces abrir los ojos
y mirarte pasar: hilo negro en su pecho.

Alas que pretenden infinitos, tocan ligera prisa
hormiga del espacio.

Ese vulnerable que amplía sus extensiones

para darte el lugar que le requieres,

y hasta el fuego del sol intenta replegarse cuando pasas.

Un infierno de máquinas corrompe el vaivén de tus alas
piratas con cañones que expanden veneno de sus naves.

No son las tempestades de algún tiempo,

son las de todo el tiempo, las que han puesto su plazo
a la existencia,

ratas del hambre de lo absurdo, el todo contra el todo
en el parto que aborta el desenfreno.

¿Qué sensación de horror aguijonea tu calma al tronar
los disparos?

¿Cuántas de tus plumas salen manchando el día al fragor
de las bombas?

¿Hacia qué árbol del mundo

llevarás la confianza de aquellos que deben sucederte?

¿Cuáles encantamientos pretenderán aislarte
de las brumas?

Gime Dios porque no puede detener la garra
de los monstruos
y el paraíso no puede arrullar a sus ángeles
si no estás al lado de sus cunas
si no estás abanicando la gloria con tus alas.
Gime Dios en el nombre de nosotros,
de nuestras voluntades de exterminio.
Gime Dios y suplica que ayudemos la tierra,
porque estamos venciendo sus poderes.
¡Oh, padre celestial, recobra fuerzas!

Apuestan a cerrarte los cielos a tapar con humo
sus estrellas.
Buitres sin pico ponen sogas de muerte a las respiraciones.
El escorpión del mal va extendiendo sus uñas
por ciudades
donde la combustión pone su velo gris en el vacío
y solo anda tu canto entre las jaulas.

Están prestas las sillas para el juicio donde deben
atestiguar las voces
de los que tienen que entregar el futuro.
Estamos invadiendo sus fronteras.

Y si después de tantas palabras

*¡Y si después de tantas palabras,
no sobrevive la palabra!
¡Si después de las alas de los pájaros,
no sobrevive el pájaro parado!
¡Más valdría, en verdad,
que se lo coman todo y acabemos!*

CÉSAR VALLEJO

Recuerdo cuando hablaba y hablaba sin tregua,
disfrutando los sonidos de cada vocablo,
cuando mi contento les inventaba susurros
o les ensayaba melodías.
Escuchaba la oratoria de los pájaros
mientras pensaba que quizás ascenderían a la voz,
y cómo yo encontrarían las frases salvadoras,
para orientar a los barcos del tiempo
que navegan por océanos confiables.

Un día presentí que las palabras hacían burlas
de todas mis simplezas,
las desvestí de trajes placenteros
y les agenció los dolores asignados;
alenté las del médico que inventa muda de términos
para que el adolorido las coloque en su seguridad.

Después de ver caer las hojas de tanto árbol humano
desgajado por intolerancias belicosas,
el aire me trae sonidos de sirenas
que anuncian contiendas en lugar de frescura.

Siento que hoy la carrera hacia la salvación transita
en círculos
porque le están cerrando las salidas.
Por eso estoy vistiendo estas palabras
con el traje severo de la intransigencia;
le incrusto porvenir, aunque en la marcha choque
con molinos de viento cada vez más filosos.

Querido César, nos tocó vivir este minuto,
en el que el olor del cuerpo quemado de algún niño,
la lágrima de la madre que rueda como agua
hacia las grietas
o los edificios danzando al compás de las bombas,
interrumpen reposos y despiertan las iras;
nos tocó este, en el que las prepotencias
de quienes destrozan lirios de toda suerte
siguen bebiendo en copas de diamantes
el néctar de nuestra lozanía.

Sé que habrán de sobrevivir las mejores palabras
en labios insurrectos.
No se puede aceptar el designio
de que se lo coman todo y acabemos.

La poesía es también un amuleto

*Hay que saber arrancar bellezas literarias hasta en el seno
de la muerte, pero esas bellezas no pertenecen
a la muerte.*

ISIDORE DUCASSE, CONDE DE LAUTRÉAMONT

Digamos que el poeta es un ser nómada
que vuela sobre ariscos desatinos,
pone rosas en el rostro del enigma
y sonámbulo habita la alcoba platónica de un sueño.
Muchos temen a los indiscretos embates de su voz,
a las licencias con que escribe tenazas en lugar
de sofisma
o al subrayar tristeza dice que está viviendo
un poco de su muerte
y le inventa una cueva oscura como el odio
a los malos augurios.

Quizás debiéramos llamarnos pensadores,
pues no hacemos otra cosa,
como concierta Auguste Rodin en su escultura
cuando borra *El poeta* y la nombra *El pensador*.

No servimos para detener guerras ni evitar violaciones,
ni fecundar la tierra con granos poderosos,

ni frenar las fiebres que causan los insectos;
tampoco estamos a las puertas del infierno
para indicar que ese no es el camino de los justos
porque sus errores pesan menos que sus logros.

Aunque la expresemos no somos la poesía;
ella puede cobrar cuerpo y despeinar la enramada,
entrar en los sonidos musicales,
saciar un poco el hambre del espíritu,
hacer malabarismos y hasta ser comediante
para aumentar el goce de los niños
o andar en las cuerdas flojas de los circos para añadir
firmeza a la existencia.

Se hace amiga de la muerte,
la tutea y hasta le pide tiempo para darse a conocer,
porque sabe que sin ella las artes estarían lastimadas,
y los leñadores no disfrutarían del ruido del hachazo
como música que les dará calor.

Para entretener a la muerte, la poesía
la hace escuchar la *Quinta sinfonía* de Beethoven,
indicándole además que él sigue vivo.
El buen arte viste piel eterna.

Es difícil aceptar que es también un amuleto
que empuja todo mal y aloja a quien lo porta
en el centro crucial del espectáculo donde tantos actúan
y desarma las farsas que limitan al hombre,
convirtiendo la piedra en manos, rostros,
gestos, paroxismos.

Ah, cuando las guerras la poesía estremece
de cólera al guerrero

llueve gotas frescas y pétalos sobre el abatido
o retrata con palabras al niño fragmentado
o pone hiel en las venas del verdugo que inició
el holocausto.

Su palabra es finita, desmayada y hasta torpe,
ante la insensatez
de quienes dan la espalda para aplacar los vicios
de su exigua materia.

Y cuando se despoja de atavíos indeseables
y se queda desnuda
ante las necias doctrinas de los indiferentes,
se entrega, se fecunda
y pare con cruentos dolores los magníficos versos
que la irán separando del abrazo asfixiante de la muerte.

Premoniciones

La madrugada llega poblando las esquinas
regando sus bostezos por las calles donde los transeúntes
caminan la embriaguez de su lujuria o riegan cautelosos
los reflejos que aclaran la sombra que los sigue.
Las rejas blasfeman sus hermeticidades,
encierran sueños disueltos en espumas,
que atraen las aguas donde el tiempo se ahoga,
o ponen su intemperie a galopar desiertos.

Alimentan hierbas las gotas del rocío:
manantiales que rompen sus cristales
sobre las azucenas que prolongan la dicha
en las premoniciones que incitan los desvelos.
Discurren esas voces que desgranar semillas
en nuestra piel sin surcos
a la que llegan aves, picotean, devoran...

Fluye el silencio en las entradas horas,
cae el olvido sobre los fantasmas del recuerdo,
sopla sobre uno mismo el instinto del miedo
amedrentando el rostro que asomado al balcón
despide las tristezas que calza sus sandalias
y sale, damisela, perdiéndose en la bruma.

Aceptación y reto

De momento
me paré ante la muerte
y un escalofrío comenzó a mordirme la alegría,
hice un viaje de retorno entre sombras y luces
en el mismo barco en que viajamos todos.

Con candidez de niña las preguntas surgieron
mientras transitaba,
entre seres sencillos y otros rudos
que en ocasiones departían sobre bellezas
para disimular sus tosquedades.

Después de divagar acerca de razones más
o menos justas,
de las mentiras de los padres perfectos,
del tiempo que suele acariciar con manos benévolas,
o de los huracanes del rencor
con sus cuchillas segadoras.
La muerte me mira, sonríe
me enseña con cinismo su reloj de arena,
acepto simplemente, pero voy a seguir.
Mientras respire
no voy a detener mis floraciones.

Qué decir este invierno

Un corazón tiritita bajo el pecho abierto a la tormenta
con las alas pegadas al abrigo del cuerpo.
Burla las espumas de la nieve, con su inocencia
de brindar la caricia que conserva.
El oso ha despertado y sacude su pereza en el letargo.
Mi cuerpo huye del blancor y quiere abandonarme,
su apuro trastorna a los pequeños renos del regreso
y el muñeco gordo es un reloj que acosa
cuando mis manos
le terminan los ojos.
No hay revoloteo, las aves no han venido, ni el árbol
ni el sol.
La voluntad quebrada comienza a patalear,
las naves tienen las velas rotas como una carcajada,
la luna está perdida en el bosque de esas nubes,
y el hastío se parapeta cuando intento consolarlo.
Y ese sonido, no es secando café
ni el de los rostros asomados para ser paridos
por las guaguas
Ni esos son los surcos abiertos
que han de recibir la semilla para fecundar la tierra,
son solo las heridas sin sangre del paleo.
Estoy sentado sobre este sobresalto, sobre este miedo
incomprensible

que me pica la piel y la confianza.
Estas imágenes que vuelan tienen colores raros
y hablan incoherencias:
una niña pálida observa y recoge su imagen conmovida,
tiritita del frío de un 24 de diciembre sospechoso.
Detrás de esta otra imagen un pino centellea,
debajo solo hay pasto,
no hay variadas cajas de regalos
entre caballos y reyes barrigones.
Tras la última imagen alguien trata
de recoger las notas musicales
de memorias alegres o disipadoras.
¡Oh, qué aflicción, por esta bestia que trota
cargada de añoranzas!

Inutilidad del pan

El río de la ciudad de nacimiento
corre y es la guerra.
Sin entender por qué se empequeñece
o se desborda en odio.
Corre y toca a la puerta del olvido
que come un pan estéril,
devorado sin efecto,
porque el hambre sigue transitando
sobre piedras humanas
a las que erosiona
como el río de la memoria
a sus piedras.

Y es que el pan
sigue siendo amasado por aquellos
que aún no logran
el crimen perfecto.

Para burlar la muerte

En la mochila el libro parlotea
para que el hombre no duerma.
Él baja de la pesadilla al combate
del disparo al humo
y del humo al acecho.
Acaso lo visite un antílope
que le camine por el cuerpo exhausto
y ninguno de los dos intente molestar.
Él saborea el vino de la tregua y aun mueve los labios.
El libro continúa parloteando en la página marcada,
aquella donde un héroe se arrastra para burlar la muerte.

La tarde azul se fragmenta
en picos de zunzunes y tórtolas
y al emitir su bostezo la luz de la mañana,
el hombre sigue allí, con los ojos abiertos.

Optimismo enfermizo

A Marino y Neisy Wilson

Comienzo a dar vueltas buscando un arcoíris.

Una nube viene a decirme un secreto y me quedo aturdida
dice que las tinieblas se reunieron para discutir
sobre las exageradas oscuridades que producen
los hombres,
dice que en ese juego de las armas y el odio
las están achicando.
que pretenden ganarle el récord mundial.

Y yo sigo embobecida buscando el arcoíris.

Las estrellas se empolvan con cenizas del fuego
de las guerras
ya ni se conocen, es inútil que intenten conversar.
El último ruiñeñor está desentonando
las abejas se ahogan y un cometa se mueve
como una predicción.

Mientras tanto yo sigo buscando el arcoíris.

El cielo intoxicado tose rayos y truenos
hay diluvio y los hombres se ahogan, sucumben
por millones,

la tierra dilata sus poros, se retuerce, se abre y traga
traga sin cesar y cierra su boca de tigresa agredida.
Todos van perdiendo la confianza.

Y yo sigo buscando el arcoíris.

Ahora anda triste el horizonte,
los colores de su vestido se han quemado
con el fuego expelido por el sol.
La lluvia se desgaja en cataratas.

Ya las tinieblas están ganando el premio.

Y yo, tozudamente, persisto en hallar el arcoíris.

Sin inventos

*Convertir la palabra en la materia
donde lo que quisiéramos decir no pueda
penetrar más allá
de lo que la materia nos diría...*

Del poema «La Materia», JOSÉ ÁNGEL VALENTE

Esa barra de plomo nos convoca
a que la forjemos,
como la página ansiosa que reclama confidencias
cargadas de alegría o éxitos de amor,
y solo la adornamos con ramas lastimadas
o le damos el premio de una imagen reducida.

Por eso esquivamos a la página censora,
no haremos volar en ella las palomas del recreo
mientras gruñan a la vida los lobos insurgentes.

No vamos a forjar más el plomo.
No queremos con él inventar soldaditos
que luego se dediquen a jugar a la guerra.

De equilibrio y evasiones

*Cien mil cerebros se están imaginando
genios como yo
Y, ¿quién sabe? la historia no elegirá
a ninguno.*

Del poema «La Tabacquería», FERNANDO PESSOA

I

El mundo no envejece, mantiene sus harapos
sus dioses malos que ordenan hecatombes.
Y nosotros aquí pensando en el poema
en someter caminos para asaltar galaxias.

Fui hacia la cabeza de un dragón a buscar
mi piedra fabulosa
pero todos han pasado y destruido los portones,
y al final, solo quedan las mentiras.

Soñé que montaba meteoritos,
con los que resbalaba por pendientes seguras,
derrochando júbilos y risas.

Pero soñar no cuesta,
lo triste es despertar sin lo soñado.

Por eso seguimos machacando palabras,
metidos detrás del calabozo de estos sueños en los cuales
aparecen vestidos de gloria nuestros nombres,
sin apenas darnos cuenta
de las tristezas por los muertos no identificados.

II

Las coronas caen de las cabezas. Los monarcas
se agitan,
son cada vez más peligrosos, piensan en este
Armagedón
que perturba la estrella que alumbró su destino
y ante esta catastrófica, crisis final
huyen por ventanas abiertas por el miedo.

Pero nosotros, los geniales hacedores de versos,
aturdidos ante la voz como de trompeta
que ordenó al apóstol San Juan escribir en un libro
entre imágenes, visiones y símbolos, todo cuanto viera.

«Ante la última intervención de Dios en los asuntos
humanos»
no hemos aprendido la forma de escapar.

Aquellas figuras del paisaje

Entre flechazos de enigmas.
planean copos de nieve desafiando el aire,
y hay reinados que cierran puertas con hechizos,
mientras los sirvientes flotan entre pesadillas,
como estímulo para cuentos de Daniel Defoe.

Allá están las figuras del paisaje que danzando entre
angustiosos muertos pretendieron robarme la firmeza.

Abstraída me desplazo mientras pienso en las flores
que aparecieron en mis cuentos de hadas,
donde las mariposas besaban, pero luego partían,
hacia el brumoso sitio
en el cual fueron condenadas *Las Brujas de Salem*.

Se acabaron los misterios y denuncias
ahora las brujas son libres.
A veces caminan echando sus brebajes
en los entornos de mi casa.

La última estocada

Hay días que resbalan con un jabón difuso
que no puede enjuagarse con el agua del símbolo
y pone la figura literaria en la corriente de los ríos
que conducen al poema.

Entonces toma posesión el desconcierto
y regresa el anciano, acarreando visiones
con uñas tenaces y mirada encogida,
en la fuerza insistente del rostro de mi padre
que recibió la muerte a encontronazos hasta
que la ingrata le dio la última estocada.

Lo que nadie entiende es que viene a menudo
a recordar que nos dejó su cachiporra lista
para las contingencias.

Con este ejemplo presumo que domaré montañas.

Jeroglíficos nocturnos

La noche se convierte en enemiga,
no deja luz para usarla de escritorio,
reina el egoísmo en su interior.
Se apropia de sueños que esclaviza
y los mantiene trabajando con sus brujos
en la más completa oscuridad.

Todo lo une en su cazuela de misterios
y los demonios de las pesadillas
pinchan con sus colas de flechas puntiagudas
las cabezas que no logran evadir realidades.

Ella saca sus caballos de las cuevas
y los pone a trotar en esta casa.
Sus huellas están por todos los rincones.
Sé que voy a sorprenderlos en algún intervalo
de esos momentos retorcidos en los cuales
extremen sus autocracias los desvelos.

El lucero aquel

Salta un año las colinas del augurio y todos vaticinan
sobre un cielo construido con afanes
o pájaros de espíritus que alzan vuelo para buscar un sol
que se apaga tan solo de mirarlo.
En el sueño aparecen los suplicios y el débil gemir
de torturados
que regresan a los sitios donde fueron felices,
hasta que les revierten con nuevos ataques las memorias.

Las alucinaciones sobre el lago traen su cristal de agua
pero la sed no muere en la contemplación.
Fascina el encuentro con la sombra nevada
que pone corona a la tanta soledad de los creadores.

Nadie entiende dónde está escondido el fardo
de los miedos
que presienten detrás de mi optimismo.
Ahora no están las palabras, los asombros,
ante este desafío para ganar espacio.

El sitio de la infancia desapareció
chamuscado por el fuego del tiempo
y esta nueva zona cae en tierra de nadie.

¿Acaso son solo alimento de dioses los frutos
de la huerta que cuidé contra la intromisión
de gusanos y moluscos?

Por allá están tañendo instrumentos de celos,
que convierten en ruidos profanos la armonía.

Caigo en éxtasis y convoco a Medea
para que duerma al dragón que me acecha.
Luego danzo, embriagada por la música
que me brinda Casandra.

Profeta, ya no busques en mi mano el vaticinio.
El lucero aquel me está enviando señales.

Quien sabe si un vocablo me apredree

*Que aquel que camina sin amor una legua siquiera,
camina amortajado hacia su propio funeral.*

Del poema «Hojas de hierba», WALT WHITMAN

No dispaes esa arma de ofensa contra el día,
lo puedes agraviar
entonces la niebla gruñirá con su boca de penumbra
y mudez,
antes de ir a posarse
sobre el rosál o el pino de algún triste recuerdo.
Un fantasma saltamontes
en su salto violento choca contra mi puerta,
aunque traiga la ira de los celos, tampoco le dispaes
puedes herir el viento que lo empuja
y hacerlo enloquecer.
Quién sabe si un vocablo me apedree con su insulto
o un rocío de lágrimas llovizne ante un suspiro
nacido del pinchazo a una cruz de abandono.
Me muevo vacilante,
el vendedor de tiempo no tiene mercancía.
¡Hay tanta liviandad torturando verdades,
tantas garras de fieras atacando la gloria!
Penetran mis oídos lamentos de pérdidas
y no voy a llorar

entraré en la valija donde viejos atuendos,
mantienen los signos de las eternidades.
Seguiré andando así
envuelta en esta capa tejida con madejas de amores
para no ir amortajada a mi propio velatorio.

No creo que sea la última tragedia de este mundo

Durante el tiempo
en que el retoño llega a rama,
o el relámpago a trueno
o el mar abre las fauces
para beberse el río.

En ese mismo lapso, así de simple,
las confusiones dejan abiertas las rejas
para que entren los fantasmas.
Entonces un hombre se exaspera inventándose
una pena terrible por algún corte eléctrico,
o algún zapato roto.

En ese corto tiempo
en que el retoño llega a rama,
en un lugar del mundo hace apenas unas horas,
otro hombre armado con las rabias de muchos
impulsado, influido,
por la locura primaria de algún zapato roto,
o de algún corte eléctrico
ha lanzado su camión para matar la vida,
pero no,

me equivoco,

no fue tanto,

linchó solo a unos cuantos niños
y a otras muchas personas.
Así de simple.

*Ataque en Niza, Francia: al menos 84 muertos
al arrollar un camión a ..*

*15 julio 2016 - En el momento del ataque había en el
malecón 30 000 personas celebrando el día de la fiesta
nacional de Francia.*

*15 julio 2016 - Los nombres e historias de niños y adultos,
residentes locales y turistas extranjeros, han comenzado
a conocerse luego del ataque en Niza...*

El rostro del silencio

*Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.*

«Coplas», JORGE MANRIQUE

La levedad de la vida
entierra sus raíces en los predios del poema
y convulsiona en un lecho de infortunio.

Cargamos sobre los hombros
a los que se nos fueron de las manos
en un abrir y cerrar de ojos.
Ahora que asaltamos la memoria
vemos la bitácora del final señalando
el lugar donde caeremos.

Cuando los ojos del silencio comiencen a juzgarnos
no nos dedicarán más escultura
que alguna foto sin retoque,
ni tendremos más repercusión

que la de alguna que otra lágrima
o dudosas reflexiones con el fin de evaluarnos.

Ni siquiera intentaremos conocer
el lado de inclinación de la balanza.

Aunque pensemos hacer cuenta no podremos,
se nos acaban de olvidar los cálculos.

Travesía de fuga

*Ahora
mientras yo me levanto
y voy con el fusil hacia otro punto
donde vuelvo a tenderme y disparar.*

*Ahora,
en este mismo instante
mis hijos se despiertan en Santiago.*

WALDO LEYVA

Anoche estaba predestinado que soñara.

Estuve exiliada en un misterio,
los pasajeros me llevaron a un ritual,
donde las maderas de las casas zaherían
cuando buscaba, para huir, el equipaje.
Huía de mí, de esta alma
que solo escribe flor y siembra versos.

La confusión es una tristeza enmascarada,
una rasgadura al horizonte.
De la raíz de la última noticia surgió un árbol de pena,
contemplé las manos sangrantes de impotencia
por no poder levantar a los heridos,
ni cerrar los ojos de los muertos,
que me habían nublado la armonía.

Intenté decir nervios, artefactos, funerales,
madre como dolor, música que ofende.
Y empecé una travesía de fuga por todos los rincones,
sentí sed de poesía como licor para embriagarme.
Llegué hasta el libro del poeta
y le insuflé valor a la palabra hermosa,
aquella que estaba incluyendo un combate:

El hombre traspasaba las distancias,
y mientras el bombardeo esculpía su contorno
besaba
con más amor que nunca
a sus pequeños.

Algarabía de voces inconscientes

Este reguero de voces toca su marimba
monocorde, sombría.

Yo quisiera decir, hablar de algún razonamiento
de a qué tanta torpeza,
tanto pródigo alimento para la insensatez.

Y el incauto se acerca al volcán que disfruta en reposo
dormitando en el frescor de una noche de invierno.

De las palabras surgen chispas y no bastan,
acuden al combustible que al fin prenda la llama.

¿Ahora qué?

Los buitres del insomnio

La marejada arrastra el vuelo de su falda por la arena,
dejando un indicio de pérdida salobre, inadvertido
por los ojos humosos del terral.

Así lo pasajero rueda desde la altura dejando
sus segmentos,
que no se desvanecen ante el fregado del agua,
ni ante la erosión infringida por las uñas del sol.

Allá se ven las ramas partidas por el rayo
colgando silenciosas como olvidos,
como muertos anónimos sembrados por las guerras,
como madres errabundas que los buscan en parques,
o en madrugadas picadas por buitres del insomnio.

En ocasiones nos pellizca la muerte,
nos pone a dormir con el temor de ser ahogados
por su letal abrazo.

Luego al amanecer nos espera la restauración del mundo
y después de lograrlo, dócilmente volvemos a enrumbar
temerosos de que sea por el camino del insomnio,
donde todos los tormentos vividos
se dan cita.

Después del reino prometido

Me enseñaron a moldear un pan suave y fresco,
para que saciara los gustos
de los más exigentes.

Ante la orden de escribir biografías
le puse lazos de oro a las palabras
y un tono musical para influenciar razonamientos.

Pero además me dieron tijeras y ricos utensilios
con los que inventaba modas elegantes para aspirar
al premio,
ganado tantas veces en el desfile de la vida.

Y, como en los cuentos de hadas,
todos triunfaron y fueron muy felices.

Ahora, tan ocupados, pasan sin saludar.

Confusiones que alimentan las huidas

Si digo una palabra sosegada cuando quiero llorar
se abre un campo húmedo con tantos matices,
ruidos de pájaros, agua que rumorea, lagunas,
blancos besos de sol para las mariposas,
silencio, un silencio pasivo que amordaza.

Los conflictos sustentaron la miseria
y los árboles sin fe caían de aislamiento.

Rindamos honor a las estrellas bordadas en el cielo
donde los párpados de las arpías se cierran impotentes
ante el susto que les propina la brisa con sus nuevas
visiones.

En este retiro contra toda neblina, contra toda agresión,
voy como Rimbaud a la plaza para hacer burlas
de los viejos,
de las estulticias de insólitos paseantes, o a contemplar
a aquel que como él disfruta a las chiquillas que lo miran
sonrientes e indiscretas.

Entonces me distraigo de la pena por la capa de ozono
que se nos viene encima, o por el bombardeo
que muge con hambre de desastre,
o del cansancio de esperar lo que no sé
si por fin llegará.

Muerte alucinante

Aquí está la esperanza, me despierta,
toca alegremente en la ventana,
trae un ramo de nardo, lo sube
hasta que logro verlo a través del cristal.

Tiene figura humana la ilusionadora,
viste un traje de tiempo y blanca nube,
con su voz de caricia me convida a seguirla.

Aunque un tanto pesimista abro la puerta.
Ya no está. Mezclado con la brisa
entra el intenso perfume de los nardos,
y una nube blanca, hecha jirones,
flota hacia el espacio.

Desde el poblado y sus aguas

El semidiós deposita su delirio en el campo
del almiquí que escurre el pico para salvar la especie
mientras el rostro de la palma proclama su existencia,
con penachos incendiados por las luces del aire.
Un gemido de ciervo herido por disparo
transita entre las ramas. Voy desde la calma a su agonía
para donarle mi delgada voz a los clarines
que seducirán a las aves de las enunciaciones.

Desde el poblado y sus aguas, sus enigmas,
sus sonantes disturbios de fantasmas
cargué bosques y criaturas que incitan las leyendas.
Sus ráfagas encienden desatinos
por los cuales giro y giro a un tiempo
en aquel y este sitio sin poder detenerme.
El temor al hundimiento en el pozo del tedio,
a no poder curar las contusiones
de las tantas caídas galopa con su lluvia
dentro del laberinto
por el cual regresa este clavel de ausencia
que confunde senderos.

La princesa del cuento

Aquella amiga alucinaba.
Sentada después de la contienda
introducida por el arroz, a pesar
de las artes que esgrime,
se entristece.

Escasea el agua y la convicta desespera,
entonces habrá que esperar la llegada del ahogo,
mientras se le incorpora sal a la legumbre.

La radio anuncia un nuevo programa de cocina en casa,
pero ella solo atiende a su alucinación.

Con el delantal,
seca las manos de princesa ultrajada,
y acaricia los gallitos del bordado.

Entonces tiembla porque llega el insensible
con pisadas fuertes y voz ruda.

Se asfixia entre su manta de terneza
para huir del agravio,
y toda desgastada
oye cantar los gallitos desde el delantal.

Vuelvo la vista pensando que está allí,
junto a la vida, al almuerzo o la cena,
temblando ante la furia del soberbio.

La magia del tormento regó idénticas semillas,
en los más insólitos senderos,
por eso, con tímida ilusión,
la busco entre plantas fantasmas
y también alucino
pensando a cada paso que la voy a encontrar.

Ahora he sabido que se fue muy lejos.
Dicen que la transportaron en una caja gris,
dentro de un vehículo averiado.

Con la tenue lucecilla

*Cuando examino a la gente
que tan bajo yace
para llegar tan alto...*

Del poema «Cuando cuento las semillas»,
EMILE DICKINSON

La mano enguantada para esconder las huellas,
sin emitir un Ábrete Sésamo,
maneja en silencio el cierre del postigo.
El ladrón intenta apropiarse los equipos
pagados con los huesos del poema.

En esta nueva versión de Alí Babá
el tesoro no es sustraído por cuarenta ladrones
ni alcanza para todo el vecindario.

Aquí el vacío se ha llenado de prudencia
y encadeno al lebel de la confianza
en la cueva donde algún amigo murió por avaricia,
y no exagero cuando digo
que me dejaron joyas importantes:
algunos apuntes de poemas
y el saberme idónea para ser robada.

Tras la huida de los delincuentes,
saludo con la mano del insulto
y retrocedo piadosa,
ante gente que tan bajo yace
para llegar tan alto.

En este reino cruel

A la palabra impulsora del combate
que nadie intente recogerle
el veneno que difundió en el viento.

Se retuercen las abejas
sobre un panal de fango y desespero.
Y andamos nómadas de la flor,
sin el vuelo de ninguna mariposa:
todas salieron a develar un rostro emancipado.

Tosemos a lo Emily Brontë,
modificamos soldados de madera
y narramos nuestro reino imaginario
intentando reírnos y urdir la nueva historia.

Nos embiste la verdad de saber que existimos
en este reino cruel de los malos ensalmos.

Los pulmones se taponan por el humo
de los balines o el rencor secular de la palabra bélica
que sacó del baúl de algunos pechos
el veneno de ahuyentar a las aves emisarias
de la paz.

Por amor

*¡Oh, tú, la hermana de la luz primera,
símbolo del amor en la tristeza!*

«A la Luna», JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Porque amo la palabra estrella y la palabra luna,
monto en la nave del aire para ir a visitarlas.
Vienen conmigo a veces los pequeños fragmentos
de astros inocentes debilitados por rechazos
de las palabras muerte, guerra, hambre.

Los sortilegios de las voces robadas asaltan y batallan
para ganar el colmillo de marfil del elefante
que mide su tamaño con el de las ovejas.
Ellas pastan sus yerbas, entre mugidos verdes,
y ofrecen el sol de sus abrigo para entibiar la vida
que la nieve del horror hace tan álgida.

Por allí los seres torturados,
y aquí la poesía intentando salvarlos
porque «quizás, quizás, quizás»...
Por eso quiero darles las palabras
rosa,
miel,
esperanza.

No logro, ni pretendo reconstruir la imagen

La corona de astros que supuse liviana, ahora
pesa como una cruz. Hurgan en mis ideas
y combaten los hechos. La cabeza de Júpiter
niega el nacimiento. Mi estirpe no va más allá
de alguna descendencia feudataria.

La razón es un simple entender con candidez
que no llego a los talones de Minerva,
que soy la superficie, nunca poderosa.

El tiempo ajustó cuentas. No niego
seguir repartiendo la ambrosía, pero se quebró la copa
tras el último brindis. Las bocas mendicantes
persiguen. Alguien dice que es hora
de que lo beba todo, y obedezco.

No quiero responder
la pregunta dispuesta para cambiar los hechos.
Los delirios me sueñan sin las imperfecciones. Y,
describo la virtud de aquel poema
que pretende tacharme
con el lápiz de marcar los mapas. Ya no puedo
retener la imagen de tu rostro. Temo
a la sombra que devora la presencia como alimento
amargo.

Ellos caminan con su razón de detener la madrugada.
Me paro ante el espejo
a buscar el rostro alegre y ríe el desaliento.
Me doy vuelta, estoy mustia. Un cuervo de silencio
te devora,
donde estuviste, una mancha imprecisa se mantiene.
No logro, ni pretendo reconstruir la imagen.

Razones para amar la paz

Con esta vocación de asomarme a la puerta del misterio,
entrar en sus praderas y provocar las lluvias,
o los manantiales que corren por sus acequias,
me remonto a la etapa
donde la felicidad era un pájaro impetuoso
que al volar me golpeaba con sus alas oscuras.

Por esta vocación me amparé en el palacio
movido por el viento sobre cimas nublosas.
Desde allí descubrí el faro que protegía una barca
y con remos de luces la situaba en la orilla
donde logré escalarla para ir a recorrer
los mares de la paz.

Esa paz violentada por voces de la aldea
acosó la niñez al espacio donde deambulaba la poesía,
y me trajo plantas con perfumes discretos.

¡Y aquellas mariposas!
¡Cuánto móvil color entre las flores que cubrían
mis gustos!

Las manos de aire del poema me las guiaban
en las noches
hasta la habitación donde dormía.

Cuando escapó la niñez enamorada por el tiempo,
y la poesía me invitó a frecuentarla,
me trajeron al refugio donde aún continuó.

Ya no escucho más gritos, ni más ruido que el del agua,
ni más agonía que una orquídea besada por zunzunes,
ni más tristezas insultantes. Solo quedan serafines
y juguetes alegres como buenas memorias.

Por toda esa armonía que recibí del rey de los misterios,
me quedó la vocación de asomarme a su puerta,
entrar en sus praderas, provocar las lluvias,
abrazarme al poema y aspirar el perfume
que pacifique al demonio infeliz
de la contienda.

El furor de la noticia

*Nos han convocado a frenar una guerra,
a nosotras que solo somos poetas
que solo tenemos metáforas para detener las balas...*

(EMMA FONDEVILA,
VIII convocatoria Poemas Por Palestina)

Y sintiendo la impotencia de tan solo ostentar
ese título humilde de hiladores en el cual la palabra
se convierte en aguja que no cose la sangre del infante
deshecho cuando abre las alas para el vuelo.
Él no besará el rostro de los ángeles incautos
mientras las balas canten su estribillo.

Yo sigo perdiéndome en el tiempo,
huyendo del furor de la noticia
que apunta con su lanza hacia el respiro.
La faringe comienza a contraerse,
no quiere que me auxilie con las inhalaciones
del vapor del jardín o del paseo.

Y el elogio se torna anatema,
de nada vale la astucia que inventa la palabra
si no trae vestidos de diamantes o de oro,
para saciar las hambres invasoras

o desviar el vagón de transportar las armas
contra el odio que intenta destruir
a las tiernas gacelas del amor.

¿Qué será de nosotros los poetas
con tantas metáforas, paradojas,
y ni una espina para pinchar
los ojos de las guerras?

Pendiente resbaladiza o efecto dominó

La lluvia sin vientos, sin tormentas
escurre gota a gota en la memoria.
En ocasiones con su vara de magia resume un sueño
que camina sigiloso para no perturbar el corazón.
Vagabundeo en su frescura con un peinador
de evocaciones,
husmeando la pista del perfume
de los que pusieron flores en la historia
o de los arañazos
de las espinas que también instalaron.

Y este vagabundeo ahora sabe a combate.
No es cuestión de aspavientos, la razón es porfiada
y se cae gota a gota como cuando llueve
en medio de la guerra
tratando de apagar el incendio de la muerte.

El niño se fue a la escuela y dejó sus catorce años
cayendo como lluvia entre el fogonazo del disparo.
Por lo mismo su hermano de trece
ya está aprendiendo a disparar.
Seguro ha de encontrar la cabeza buscada
o alguna parecida, y así
logrará la venganza.

El hermano niño, escogió el lugar del festejo,
y quizás otro hermano, llore mientras aprende
a usar la nueva arma,
en venganza por el niño que dejó también los pocos años
debajo de los conejos y palomas pintados en el gorrito
que usó en la ceremonia.
Pero también cayeron entre la sangre
de él y los demás, la piñata y los globos.
Vean, vean cómo corren los gendarmes,
luego la gente marcha, con escudos y banderas.

Con el índice convulso los todopoderosos
proclaman la gran necesidad
de que hasta aquel que se nutre con el pecho de la madre
arme como juguete la primera pistola.
Porque sucede así en el «Reino de este Mundo»
hay que estar presto a defenderse: el muerto debe
ser el otro.
Y bis... bis... bis.

Mientras intercalo mi apego por la lluvia
sin vientos ni tormentas,
voy pensando en la pendiente resbaladiza,
en una cabeza de petróleo,
en un cuerpo de petróleo, al que persiguen con amor
de oro
los fantasmas de petróleo.
Y por eso pum, pum, suenan los disparos.
Y por eso gras, gras, suenan las bombas.
Y por eso ras, ras, el degollamiento.
Y por eso snift, snift, lloran los niños heridos.
Este es el presente, ¿cuál será el futuro?
Mejor sigo observando como la lluvia cae
sin vientos ni tormentas.

Entre cenizas

Es algo absurdo
el intento de salvar la rama desprendida
del árbol,
arrastrada por el remolino en medio
de un tornado,
o deleitarse escuchando música clásica
entre disparos, sangre y gritos.
O ver desaparecer el duende de la pesadilla
que incentiva el miedo cuando empieza
a hacerse visible el hueco del barranco,
tras convencerte de que no te puedes detener.
Todo acude en defensa del fuego
que se extingue
cuando bostezan las fauces de la discrepancia
o viene volando el airecillo intolerante,
para incrementar la llama que convertirá
en cenizas,
entre crepitar de penas,
el carbón del último amor.

Movimiento de estrella

A mi madre

La noche come los frutos del desvelo.
Yo estoy en ese barco secuestrado por espumas
y suelto al ruiñeñor del país de la infancia.
La madre me busca entre inyecciones y ahogos,
se enreda con las lianas del presagio
deshojándose en la entrega ya aceptada.
Los cuerpos que se fueron
traen un raro olor a flores que logra impacientarme.
Los extraños batones han alterado al viento que los sopla
y un armonio hace música para encantar las piedras
que caen arrancadas por el desespero.
Es que ella se va, ya no quiere agarrarse
a cuerda alguna,
se va entre las ramas del silencio y la tristeza.
Yo sigo en ese barco donde no hay claridad,
solo puedo ver a través del relámpago
el temblor de un ascenso a algún supuesto cielo.

Se rompen las espumas y salgo de este barco.
Ya no es tiempo para ver la caída
de la estrella extraviada.

Después de recorrer la biografía

Despega en un vuelo la noche que no encuentra sitio
donde posar la oscuridad de la distancia
y las perpetuidades.

Chocan las copas del absurdo en un claro de bosque
tributario del tiempo que no para su carrera confusa,
nos depone las manos tan vacías
e incita al corazón a pedir la revancha
que no podemos darle.

Decimos que lo pasado nunca fue, que nadie estuvo entre
nosotros,

que a nadie llegamos a admirar o a querer,
que todo fue soñado,

que vemos por primera vez a Quien,
porque piensa que Es.

Cambiamos tantos equipajes, tantas casas, máquinas
de escribir

algún silente premio, varios libros, inmuebles,
guiones de madrugada, nervios, guardias,
casa para turistas, viajes nunca soñados,
la misma soledad con su carga de desdén
y los rostros mudables de aquel tiempo.

Tú no te perteneces

Juana simboliza a muchas Juanas,
quizás la de Arco la convoca a luchar,
pero ella no la atiende, no la escucha.
Ahora no está en casa, la vi cuando tocaba la puerta
de lo ignoto,
y recorrer un patio florecido de exquisitas madreselvas,
que le señalaban el sitio donde reina el color
de la alegría.
Ella esparce simientes para ser fertilizadas por el tiempo,
pero no le interesa el acopio.

Juana vuelve, ya regresa a la casa
con sus prendas ligeras. Me dice que la tarde tiene
un sombrero triste
y se guarece de la lluvia que trae sus hilos de agua
para puntear bellezas.
Una ninfa de Garcilaso le borda una bufanda y porta
la orden de atenderla.
Ella es así. Bebe su jugo de los frutos del sueño,
sobre todo cuando viene del silencio que no concede
olvido.
Habita una casa sosegada donde tiende las hamacas
de las horas,
en la que los genios vienen a dormir mientras

escribe letras
denunciantes del linaje que le arropó el poemario.
¿Acaso es que no entiende, cuando parte hacia
la noche misteriosa
para que nadie intente descubrirla, que lleva
tanta aureola de estrellas que no le admitirán ocultarse?

Te conmino a entregarte, amiga mía. Tú,
no te perteneces,
nadie va a consentir que hagas
ningún viaje sin regreso, aunque sea
hacia ti misma.

Palabras para todos los mensajes

*...y entretanto,
sentada allá en su quicio, como siempre,
la viejecita sopla la palabra.*

ELISEO DIEGO

Las sensibles
se enredan en los cabellos del decir,
o transitan en el potro de la angustia,
esparciendo fantasmales balbuceos de aprensión.

Las patriarcales diosas
llevan al papel o al podio un rostro perfilado
para aplaudir al sol de la victoria.

Y las sumisas ovejillas del recato
surgen en el mapa de un embrujado entorno
esquivando el desastre de una respuesta gélida,
soplada por la nevisca del miedo escénico.

Las más tristes renquean
entre cuerpo débil y garganta temblorosa,
otras bailan al compás del alcohol de la alegría.
Y estas, las inquietas hacedoras de versos,
me amordazan.

Con los mismos nutrientes

Las alas de esa música abanicar la espera
esa que se vuelve corolario en la noche
de la flor que no pretende desertar.
Hago leves movimientos de fina ejecutante,
adoptando la armonía donada por el tiempo,
que coloca la medalla prometida.

Las fieras de los bosques me vieron sonreír
y alimentar las pautas con frutos hechizantes,
para llamar a las puertas de la joven
que solo yo contemplo,
dándome cucharaditas de ambrosía
para nutrir las venas del poema.

No comprendo por qué

Se me acabaron los caciques con sombreros de plumas
el areíto, los peces y anzuelos de la escuela primaria.
Es inútil tratar de asir la pelota que viene por el aire,
a pesar del esfuerzo y el salto.
Se me acabó el regaño embustero de la abuela:
era barco anclado cuando me defendía.

Se fueron el guardián y el prófugo, seguidos
por la pistola,
el olor de la pólvora, el sonido de un fósforo al prenderse
y el coro de gritos y risas de los escondidos.

Noto que no me queda bien el uniforme azul y blanco,
ni el blanco, blanco,
que guardo dentro del sueño de las sandalias rojas.
Ni veo que llego al otro mundo
que está a pocos kilómetros,
donde el mar era tan imposible
que no justificaba la vida en una isla.

Pero no hay que ir tan lejos
a sacudir la telaraña de lo que se acabó
ni a fregar el piso de lo que faltaba.
Un día me observé conjugando verbos en latín,
o escribía (criticada por lo poético)

sobre El camino de Santiago que antes
de visitar la iglesia
agradezco a Lo real maravilloso y a Los juanes.

Claro que tampoco están oficinas, ni jefes, ni reuniones,

Después de tanto mar y tierras que se me acercan,
me busca la primaria de caciques con sombreros
de plumas,
esa abuela como ancla, la pelota que no pude agarrar
y aquellas oficinas y aquellos subalternos
que tanto censuraban las poesías.

Todo es un desafío a la jubilación
y hasta a veces me levanto y me pongo la blusa bordada
la falda de ruedos, el flexible cinto
de aquella envidiada cinturita de avispa;
después me doy cuenta de que todo es hipnosis
y no voy al trabajo.

Disciplina incomprensible

Para nada es cómodo ver cómo corren los días,
cómo se borran esas imágenes de la desobediencia
con las que fui haciéndome un escudo.
En ocasiones me pregunto en cuál parte del laberinto
empecé a enredarme con los sargazos de la inseguridad,
si mis decisiones habían sido blindadas
de manera tal que las descargas bélicas de otro amor,
no pudieran ni siquiera rozarlas.
Hubo apariciones de cariños y aunque presenté armas
no pude disparar a su horizonte. La impotencia
me incentivó delirios.
Fue así que el poema derramó angustias, lágrimas.
Sin piedad lo monté sobre un cuervo. Le dije adiós.
Me obligué a enmudecer
a convocar a la atmósfera para que me ayudara
a respirar,
porque el peso de la demasiada ternura
me había dejado exhausta.
El poema temeroso se atrincheró en su refugio.
Ahora lo solicito en vano,
él teme que esa voz debilitada que adquirí
y estos brazos alados lo destruyan.

Aspiración

Me aconseja usted que aspire al premio.

¿Cuánto cuesta el merezco?

¿Cuánto cuesta el soy?

¿Qué pie poner primero para el triunfo?

¿Cuánto habrá que plegarse?

¿Está así de costoso?

Ahorre su consejo.

No pretendo aspirar.

Uno quiere perpetuar el amor

No hay música más conmovedora que un bisbiseo
de ave
cuando se está bajo el árbol del silencio.

Uno quiere perpetuar el amor
y le pone los nombres de las ceibas,
o de esos nardos que persisten húmedos
cuando el frescor del agua los excluye.

En esta hora llegan refugiados
a la boca sin dientes de una casa de campaña.
Esos ojos de niña no preguntan,
las manos atenazan el cuello que la esconde.
Nadie reza.

El padre, acaso, ya voló hacia el misterio.

Los gritos

Cierto es que voy caminando bajo el sol
y sé que pronto chocaré con la lluvia,
la predestinación es mi fuerte, mi verdad,
por eso están cayendo las primeras gotas.
Cierto es que estoy pensando en una nueva excusa
para analizar los hechos de diferentes formas:
convencerme de que esos quejidos
de la vecina anciana que hasta ayer,
digo ayer para marcar un tiempo corto,
bailaba como un colibrí
alrededor de la flor que formaba la música.
Usaba piedras falsas y vestidos alegres, sobre un cuerpo
que imitaba a la espiga, hoy doblada y sin flor.
Tenía risa de niña y trotaba por el frente de mi casa,
de donde me fugaba de su conversación eterna.
Un día descubrió el país de los sueños
y portó una cruz que no trajo Colón
porque nadie podría trasladarla, ni siquiera verla.
Solo ella la llevó sobre el cuerpo de su risa,
que toda entera se ha convertido en gritos
que me ahogan.

Esa flor del pánico

Ya perdí la ilusión de beber mi agua
sin escalar la montaña del agotamiento.
Tráiganme una porción de tierra fértil
para sembrar esta esperanza que ya tiene raíces.
La robé en el Palacio de Aranjuez
del jardín de la música, porque allí la música
tiene plantas preciadas.
Tráiganme esa tajada de niebla
voy a morderla para espantar la sed.
Tráiganme la palabra y el ingenio
para nutrir mi cuerpo espiritual
donde quiero injertarlos
como a esa flor del pánico
de la que, si lograra el milagro de poseerla,
le quitaría el cianuro de la intolerancia
y le pondría el perfume
de la paz.

Divagaciones de una mente obstinada

No tengo un lugar para esconderme,
un lugar fresco, sin rendijas, para no escudriñar
lo que pasa más allá de mi entorno.
Porque observo entre edificios destrozados
al muchacho que carga un cubo de agua
y trae la entrepierna del pantalón mojada,
debido a la mirada del soldado homicida.

Y aquel sendero abrupto
habla desde su caos de campo minado
cual si estuviese listo para la siembra.

Allí el anciano se ha quedado solo,
con sus moscas y harapos, porque la metralla
echó en su saco informe lo demás.
Continúo sin escuchar algo que me responde
a lo que no pregunto.

Un molinillo pica su razón dentro de mi cabeza
para que no siga inventando paisajes
de esos que surgen del pincel de las palabras,
como si ese montón de cráneos insepultos,
que no cupieron en la fosa común
pudieran colocarse en un cuadro ornamental.

La realidad del pincel de Goya,
en *Saturno devorando a sus hijos*,
ya empieza a parecer
un juego de pequeños.

No quiero continuar escuchando
esos alaridos detrás de la alambrada
de la base naval.

Pero mire usted: presiento que me dicen,
a qué detenerse en esas tonterías,
¿por qué no disfruta de la telenovela,
haciendo caso omiso a esos enconos de las propagandas
que solo logran aumentar las úlceras?,
¿para qué pensar en si toma o no morfina
la leucemia del mundo?

Y es que ya no sé qué hacer
porque no encuentro un sitio donde pueda esconderme
de esta mente obstinada.

En una acera neoyorquina

*A la poeta portorriqueña Julia de Burgos
en su centenario*

El barco del poema ha encallado entre riscos
y una mujer flota en el agua muerta que lo acoge.
Caronte la conduce hasta el palacio
donde se recompensa a los piadosos. Allí
recibe un trozo de vida arrancado a la muerte.
La mujer deambula trazando su evasión
con un nombre besándole los labios.
Ella es mujer de aguas. En las cataratas
de sus pesadillas
nadan los ojos que la omiten.
Con lírica de amores
enlaza vocablos a las siluetas de milagrosos muertos.
Y el poema flota como un canto sin voz donde asentarse,
pero es tan auténtica la fragancia que difunde
que aromatiza la brisa de lo eterno.

El coquí le devuelve los sonidos de la ausencia
y cuando pretende encerrarse en el Jacarandá
de sus instintos,
cae sobre la cruz de los entes perdidos. Luego intenta
fugarse
hacia un recodo de la isla que navega en el mar
de sus insomnios.

Juan Isidro entra en todas las casas donde llega
a guarecerse,
y lo inmola cada vez con menos fuerza.
Los asaltantes del amor irrumpen
convierten en astillas los maderos de su ánimo,
y el pecho recibe ruseñores que esquivan el combate,
pero la muerte ríe
posesionada ya de un trozo de su falda.
En el conticinio la mujer duerme arrumbada
y juega con estrellas,
con muñecas verdes y palo de rosa de su Santa Cruz,
todo lo encierra la botella caída en el piso escatológico,
a cuya postrimería la dócil le adelanta las manos
y se deja llevar hasta la acera neoyorquina.

La planta del jardín

*He construido un jardín como quien hace
los gestos correctos en el lugar errado.*

DIANA BELLESI

La figura saltimbanqui se movía entre las sombras.
Vi al arbolito alegre que nutriera la savia de la tierra,
zafado de su raíz como niña violada.
Y vi en la cinta que vigila las horas de mi entorno
un adiós blanco y verde suspendido en el aire.

La mañana pareció asombrarse ante el agobio.
Me escurrí entre la farsa de algún rito,
y fantaseé flores para ponerle olor al sentimiento,
mientras el pez de la zozobra nadaba en mis sentidos.

El brujo licorero amigo de la infancia me trajo su infusión
para embriagarme con su licor de indiferencia.

Hice un brindis con las hojas del árbol que no estaba,
y bebí aquel líquido inventado hasta el fondo del vaso.

A pie con la inocencia al hombro

*Y yo que me sabía pobre, de una pobreza
sin nombre. Y triste, de una tristeza sin
derechos, sin quejas y sin fin, rasgué mi
ropa y les mostré mi herida.
Y aún les oí decir con los ojos turbios
de envidia:
¡Maravilloso rubí!*

DULCE MARÍA LOYNAZ

Vuelve la adolescencia en su barco con menudas
propuestas
para el examen de la parábola que pretende ser realista,
porque a pesar de las enérgicas ruedas
que impulsaron el carro
he llegado a pie, con la inocencia al hombro.
Cargo la culpa de encender con llamitas las luces
de la noche,
yo que apenas me muevo para buscar amparo
en la tormenta,
que me auxilio con ángeles para hacer el sustento
de los codiciosos,
o de nobles hambrientos sin medirle porciones.
Yo que rasgué mi ropa y les mostré mi herida.

Aun así, tratan de borrarne cada rasgo de ganancia.

Recuento y mensaje por las estaciones

Vuelan por el aire del recuento los minutos
donde la dicha derramó sus exquisitos vinos,
y cuido de la niña que se acerca al declive,
manteniéndola atada con el hilo de mi credo,
porque aún me protege su entusiasmo.

Huyo de esa planta trepadora,
y de esos vidrios del camino donde un piano permite
que los dedos de los árboles le acaricien las teclas
para que el embrujo del concierto
me despierte al rui señor de las evocaciones.

Aprobado el recuento triunfa la tolerancia
y dejo de mirar hacia el camino azul de la perennidad,
para que no me sorprenda la barbarie
que degusta trocitos de permanencia incierta.

Disfruto este mensaje simbólico de que hoy
la mañana amaneció tañendo en mi ventana
Las cuatro estaciones de Vivaldi,
con aroma y matiz de campo florecido,
a la vez que me obsequió la primavera del recuerdo.

Dispongo que en el pase de la cuenta regresiva
llovizne con vestigios de la dicha este instante
para que se refresque la casa del verano.

Y que preparen rápido ese cálculo,
porque ya entona el otoño su canción amarilla.
¿Y el invierno?

Veremos.

Entre un gruñido de noticias

Traigo en la memoria el agua del silencio
que en bandejas de martirio me sirvieron,
endulzada con apatía y desánimo.
El tiempo envolvía las señales con borrascas
para que no intentara descifrarlas.
Fue así que prendí la tea del impulso,
subí a los altos cerros de la noche,
afianzada con los dedos del tesón.
Toqué las campanas en las torres del miedo
y al llamado salieron los espectros
que engañados se acoplaron bajo el ritmo
que creó el alboroto.
De un tajo les corté el placer de aplastarme.
Liberada ya de los barrotes del olvido,
divago entre un gruñido de noticias.
Lástima que las guerras no se acoplen
en un solo territorio
y que los poetas tengan
tan pequeños poderes.

Búsqueda constante

La madre cosió la ternura en el lino de la angustia;
le bordó margaritas reidoras y claveles danzarines,
hasta que al final le bordó su corazón.

Traigo en mi vestido sus memorias
me abrazo a mí misma tratando de abrazarla
o la busco en la constancia del amor.

Dicen las hadas buenas que la han visto
apartando el mal de ojo de las hechicerías
y alimentando a las palomas del cariño
que luego echa a volar sobre los techos de la vida.

Resguardando el oficio

Algunos ejecutan la magia
de desaparecerme.
Eventualmente me les acerco (no mucho,
temo que pudieran descubrirme
por lo original del perfume).
A diario vigilo las llaves que guardan mis escritos,
ellos son tan felices a su modo,
hombres y mujeres jóvenes los pasean
por el prado de sus creaciones
entre luces y yerba fecunda;
en ocasiones exclusivas los comentamos:
Recuerdo aquel poema,
casi frente al pelotón de fusilamiento.
El inocente se salvó recurriendo a osadías
al lanzarse por el muro de la noche al mar
en el cual lo rescataron nobles marineros.
Desde algunos puertos me envía fotos y saludos.
A otros tuve el juicio de cubrirlos con piel de tigre,
así aprendimos a burlar ataques de los depredadores.
Cuando decidimos usar seudónimos
los más rebeldes gritaron nuestra maternidad.
Después de someterlos a juicios y castigos,
pongo el oído sobre sus pechos,
los ausculto.

Especialistas me hablan de latidos seguros,
aunque sufren la arritmia de la pasión.
Eventualmente huimos,
nos vamos con la esfinge de la madrugada,
aprovecho y leo.
Algunas estrellas parecen comprender,
me saludan con guiños, alternan con luceros,
bajan y alumbran la habitación de la poesía.
Ya no me importan los magos que intentan
y hasta logran a veces
mi desaparición.

Desde este mundo de poesía

No imaginé que al servir de modelo
el pintor plasmaría en el retrato
estas ansias de sueños con recato,
que lograron mezclarse en mi desvelo.
Fascinada vi cortado el velo
por la mano del artista dedicado.
Así todo secreto fue violado,
no hay imagen que valga sin sentido.
Expuestos los naufragios que he vivido
el hoy hace ironías del pasado.

Del más lúgubre mar salí triunfante,
a restaurar la casa del poema,
sin torpe egolatría como emblema.
Con ternura, sin prisa. Fui constante,
lo pulí con tesón impresionante
tratando de borrarle algún deslíz,
sin considerarme sabia emperatriz,
sin doctrina profunda o escolástica.
Perdonen mi ego. Hoy ando fantástica
tan dueña de mi mundo, tan feliz.

De la autora

CARMEN DEL PILAR SERRANO COELLO (Holguín, 1939). Miembro de la UNEAC. Licenciada en Filología en la Universidad de Oriente. Fue miembro de la comisión Jóvenes Escritores de Oriente. Premio José María Heredia con el libro *Por este medio*; mención en el concurso XX Aniversario; finalista en el II Certamen Internacional de Poesía Sant Jordi 2006; Premio Internacional del concurso Identidad, Paz y Poesía, entre otros.

Sus más recientes libros publicados son: *El sagrado ejercicio* (Colección Sur, 2019); *Mi casa espiritual* (Ed. Dulce María Loynaz, 2019); *El caballito de aire y otros poemas* (Ed. viverlibro, 2021); *Epílogo de la Resistencia* (Ed. viverlibro 2021); *Las misteriosas hierbas de mi mente* (Ed. Círculo Rojo, 2021); *De la poesía al ensayo* (Ed. José Martí, 2022) y *Yo vengo de todas partes* (Ed. Letras Cubanas, 2022).

Le fue otorgada la Medalla y el Escudo de la Ciudad de Baracoa, Distinción por la Cultura Cubana, Medalla XXX aniversario de la AHS, Premio Samuel Feijoo de la Asociación Económica de Amigos del País, por la obra de la vida.

Índice

Palabras para el lector/ 5

Y yo sigo buscando el arcoíris/ 13

Ofrendas por la paz/ 15

Disturbios que interrumpen la poesía/ 16

Acontecimientos que acercan las distancias/ 18

El ave/ 19

Y si después de tantas palabras/ 21

La poesía es también un amuleto/ 23

Premoniciones/ 26

Aceptación y reto/ 27

Qué decir este invierno/ 28

Inutilidad del pan/ 30

Para burlar la muerte/ 31

Optimismo enfermizo/ 32

Sin inventos/ 34

De equilibrio y evasiones/ 35

Aquellas figuras del paisaje/ 37

La última estocada/ 36

Jeroglíficos nocturnos/ 38

El lucero aquel/ 40

Quien sabe si un vocablo me apredree/ 42

No creo que sea la última tragedia de este mundo/ 44

El rostro del silencio/ 46

Travesía de fuga/ 48

Algarabía de voces inconscientes/ 50

Los buitres del insomnio/ 51

Después del reino prometido/ 52
Confusiones que alimentan las huidas/ 53
Muerte alucinante/ 54
Desde el poblado y sus aguas/ 55
La princesa del cuento/ 56
Con la tenue lucecilla/ 58
En este reino cruel/ 60
Por amor/ 61
No logro, ni pretendo reconstruir la imagen/ 62
Razones para amar la paz/ 64
El furor de la noticia/ 66
Pendiente resbaladiza o efecto dominó/ 68
Entre cenizas/ 70
Movimiento de estrella/ 71
Después de recorrer la biografía/ 72
Tú no te perteneces/ 73
Palabras para todos los mensajes/ 75
Con los mismos nutrientes/ 76
No comprendo por qué/ 77
Disciplina incomprensible/ 79
Aspiración/ 80
Uno quiere perpetuar el amor/ 81
Los gritos/ 82
Esa flor del pánico/ 83
Divagaciones de una mente obstinada/ 84
En una acera neoyorquina/ 86
La planta del jardín/ 88
A pie con la inocencia al hombro/ 89
Recuento y mensaje por las estaciones/ 90
Entre un gruñido de noticias/ 92
Búsqueda constante/ 93
Resguardando el oficio/ 94
Desde este mundo de poesía/ 96

De la autora/ 99

